

*June 31 de Mayo - 79*  
*Plaza Publica*

## PLAZA PUBLICA

### Vieja Represión Salvadoreña No Hay que Enterarse Tarde Informe (AMDG) de Jesuitas

Por MIGUEL ANGEL  
GRANADOS CHAPA

Tardamos muchos meses en percatarnos de los horrores que comete Somoza en Nicaragua para romper con su gobierno y denunciarlo mundialmente. Ha sido una demora culpable, que no debemos repetir en el caso

de El Salvador, donde la violencia ha llegado a límites semejantes ya a los impuestos por la dictadura somocista.

Un primer error que debe suprimirse es el considerar que en la minúscula nación salvadoreña la represión es un fenómeno nuevo. Para ello es interesante que reseñemos ahora un extenso documento dado a conocer por la comunidad jesuita radicada allí hace dos años, en junio de 1977, en donde se apuntan las causas profundas de la violencia gubernamental.

Como se sabe, la Compañía de Jesús, y en general la Iglesia salvadoreña encabezada por el arzobispo Oscar A. Romero, han mostrado una singular militancia frente al gobierno despótico del general Carlos Humberto Romero (el apellido común es mera coincidencia). Esta circunstancia, que pudiera provocar prejuicio en favor de la dictadura salvadoreña, sólo porque con más frecuencia que la deseable la jerarquía católica es enemiga de los regímenes populares, queda explicada en el documento que hoy queremos presentar ante los lectores.

El crígen de la persecución gubernamental contra los jesuitas, que es parte de la más general emprendida contra vastas porciones del pueblo salvadoreño, data de julio de 1976 (cuando el general Romero no era todavía Presidente de la República, pero tenía en sus manos el mando militar). En aquel momento, el gobierno intentó una tímida redistribución de tierra en una rica zona algodonera, proyecto que dejaba intacta la estructura agraria del país, no obstante lo cual provocó una tenaz resistencia de los empresarios privados. En octubre, el gobierno dio marcha atrás.

La Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, de San Salvador, a cargo de los jesuitas, se había manifestado en favor de la modesta, aunque importante medida. Además, en la parroquia de Aguilares, en el centro de una región cañera, hacía cuatro años que los jesuitas promovían la organización campesina. Ello originó que tales sacerdotes concitaran el odio de los personeros más reaccionarios de los patrones y los militares salvadoreños. El 12 de marzo de 1977 fueron asesinados Rutilo Grande y dos campesinos de Aguilares. El 11 de mayo cayó otro sacerdote, no jesuita, muerto junto con un adolescente laico en la capital. Entre octubre de 1976 y junio de 1977 25 sacerdotes, ocho de ellos jesuitas fueron alcanzados por la persecución.

Los jesuitas explican la razón y la naturaleza de su vinculación con los campesinos salvadoreños. Estos marginados tienen una renta per cápita de apenas de un colón por día; padecen un desempleo que a veces alcanza niveles del cincuenta por ciento; sufren un

déficit habitacional estimado en más de 350 mil viviendas; el analfabetismo que los agobia es en muchas regiones superior al 50 por ciento; la asistencia médica de que pueden gozar es tan precaria que sólo les permite consultar un médico cada dos años.

Cuando los miembros de la Compañía de Jesús descubrieron estos males hacia 1972, hacía ya ocho años que los campesinos habían constituido una federación, que los jesuitas encontraron ya consolidada.

"Por tratarse de una organización gremial, no partidista —escribió el asesinado padre Grande, refiriéndose a ella—, soy muy consciente de que entra en el ámbito de las llamadas organizaciones intermedias, de derecho humano innegable, y que están apoyadas en los documentos papales, en los de Medellín, por supuesto, y en sus cartas pastorales como Arzobispo Sé que no puedo oponerme a ellos (los campesinos organizados) como pastor, sino al contrario, trata de iluminarlos como cristianos, a partir de la fe, para que sus actuaciones se adecúen a los valores del Evangelio. Creo que esa es hoy por hoy la mayor responsabilidad de la parroquia ante un buen número de cristianos de nuestras comunidades, quienes en virtud del dinamismo de conversión y crecimiento en la fe, pasan a convertirse normalmente en agentes de cambio, como lo quiere la Iglesia misma, en orden a las conquistas tan fundamentales a nivel del campesino como es la sindicalización, la defensa de sus derechos laborales, etcétera".

Esta vinculación de los jesuitas con la organización campesina les valió una desenfundada campaña de prensa, del estilo de otras que aquí se han instrumentado mediante desplegados pagados a la prensa salvadoreña, en que se les denunciaba como subversivos y partidarios del comunismo, con el claro propósito de desprestigiarlos y facilitar la represión.

El asesinato impune y la persecución de otra naturaleza, pues, no son de reciente aparición en El Salvador. Al contrario, desde hace dos años ha venido produciéndose una escalada, cuyo "climax" produce asesinatos masivos en plena calle, lo que a su vez genera violencia de respuesta en la que se prolonga la espiral agresiva. Estrictamente hablando, esta virtual guerra civil salvadoreña, que va asemejándose mucho a la que se escenifica en Nicaragua, es un asunto propio de los salvadoreños. Pero significaría seguir la política del avestruz el negarnos a reconocer lo que está pasando allí. Si rompimos con Somoza, hay iguales razones para romper con Romero. Tal vez un segundo caso en tan breve tiempo sería excesivo. Pero sólo esa consideración debía impedir que así procediéramos.